

EL DESCONSUELO DE LA FILOSOFIA

ANDRES MOLINA*

En la intersección de dos épocas históricas, una que locaba a su fin, con la caída de la Roma imperial y otra que se veía llegar y que inaugura el cristianismo, ya convertido en fuerza política y moral, Boecio, bautizado como el primero de los escolásticos, escribía su "De Consolatione Philosophiae" asignando allí, como lo muestra su título, una función reconfortadora al quehacer filosófico. La filosofía, aparecida en su visión de prisionero en Pavía, en figura de mujer "de sereno y majestuoso rostro"¹ consentía en servir de guía de las almas desesperadas, ansias de conocimiento.

"De Consolatione Philosophiae" se convirtió en una de las más claras intervenciones en favor de una tal función de la filosofía. No es casual que la Edad Media, era de perplejidades y de inseguridades, sintiera predilección especial por la obra de Boecio. Guía del espíritu hacia Dios, la máxima expresión de un fin aporético de los descarríos del hombre, la filosofía se hace a sí misma una empresa encaminada a otorgar alivio o complacencia, en fin, consolación frente a la confusión y la tribulación de una criatura en un mundo donde todo se revuelve en el Mal, a través del Mal. Ya una dirección moral, práctica, de la filosofía

* Área de Quehacer Científico. Facultad de Ciencias y Humanidades. INTEC.

había hecho su aparición y adquirido un status digno, en Sócrates y los estoicos. La misma Roma conoció a Séneca y a Marco Aurelio. En Boecio, que inaugura un estilo muy propio de la filosofía cristiana, esta función alcanza a la teología. La filosofía se hace entonces saber divino.

No es casual que las reflexiones que siguen, lleven un título opuesto al conocido libro de Boecio. Nosotros, como él, vivimos en época de crisis -una crisis en donde se ponen a prueba certidumbres creídas inamovibles. La nuestra, es una época en que agoniza un siglo de grandes convulsiones, en que la humanidad ha logrado avances insospechados en el dominio de las ciencias y las técnicas, y que llegó a entenderse a sí mismo como triunfo de la acción racional al servicio de fines conscientemente concebidos. Alborea un nuevo milenio que no sabemos a ciencia cierta qué nos deparará, qué nuevos valores defenderá. Si para Boecio, la filosofía cristiana, adornada por sincretismos paganos, emergía como saber liberador, al servicio de la salvación hoy, a fines del siglo XX no hay filosofía que nos otorgue algún consuelo. Vivimos el vacío que nos han dejado los grandes sistemas filosóficos, esos que alguna vez pudieron ofrecer ocasión para la certeza y la seguridad del hombre. La verdad, categoría lógica que devino el centro mismo de la modernidad, aparece si no como ficción o fantasma, al menos como inalcanzable. No hay reglas que respetadas a pie juntillas nos conduzcan a un fin prefigurado o deseado. Si en los siglos IV y V ascendía con fuerza irresistible una nueva filosofía en el desleído panorama cultural de la decadencia del mundo clásico, una nueva práctica de la filosofía, grávida de promesas, cargada de latencias y de cara al futuro, la cristiana, hoy se pone a juicio una tal función securizadora de la filosofía. La filosofía y los filósofos de nuestro fin de siglo parecen entonar con canto de cisne el final de una gran tradición de pensamiento cara, al menos, al Occidente; aquella, de tan hondo arraigo, que buscó una visión sistemática y comprensiva en donde el curso del mundo se identificara con el discurrir de la Razón. Hoy referirse uno a la filosofía es dirigir una mirada a un rincón en donde las sombras pugnan por borrar el perfil de las cosas.

En los 70, Habermas avistaba el evanescente rostro que le mostraba la filosofía: ese derrumbarse sordo de los grandes sistemas autotransparentes -filosofías diseminadas por doquier, casi tribales y en tránsito hacia el anonimato. Las grandes figuras tocan a su fin.² La era de los dinosaurios filosóficos no ha resistido a la impotencia de la Razón para

organizar la vida de los hombres. El siglo que quiso ser la expresión de un orden sujeto a una racionalidad exigente, presenció la irrupción pre-moderna del totalitarismo y la guerra. En otro lugar puede desarrollarse la hipótesis de que estos acontecimientos que sacudieron al siglo que agoniza, en verdad pueden ser vistos como vástagos de aquella racionalidad invocada. La filosofía, en fin por nueva vez termina con las lanzas rotas.

Creo que hay que empezar a reconocer que habíamos esperado de la filosofía lo que ella no podía darnos sin traicionarse a sí misma. Nuestra época de crisis, revela bajo una nueva luz la fisonomía originaria del quehacer filosófico. Su intención, primordialmente crítica antes que sistemática. La filosofía no puede salvarnos, como no pudo haberlo hecho en ninguna época de las que nos precedieron. Sus producciones llegan tarde al escenario de la historia, vuelan sobre las ruinas que deja esta última. Acude a mi memoria la figura del Salvador de Kafka, aquel que había de llegar un día después del Juicio Final.

Pero otra cosa es la intención crítica, la voluntad cuestionadora, la acción devastadora que pone en entredicho el orden del mundo. Allí, ante la pasión crítica de la filosofía, "todo es discutible", para decirlo con Husserl, tal vez el último de los filósofos de Occidente en el sentido sistemático. Ya sea desde el punto de vista de la libertad de conciencia o teórica de que deben gozar los hacedores de la filosofía, como desde la perspectiva misma de la comprensión de lo real, la filosofía jamás habrá de renunciar a su fisonomía crítica. Mal que bien, podría asimilarse a una empresa de autocomplacencia o satisfacción narcisista. Desde dentro, toda filosofía está imposibilitada para reconocerse en el mundo. Por lo mismo, vive de la contradicción de aspirar a la totalidad, a una imagen comprehensiva del cosmos y al propio tiempo, saberse destinada a fracasar. Hans-Georg Gadamer escribe, muy a propósito, que la mentada autocomprensión que persigue la filosofía "está siempre en camino, es decir, se encuentra en un camino cuya realización hasta el final es claramente imposible".³ El programa mismo de Husserl, muy consciente de las obstrucciones de la filosofía para construir una racionalidad de la totalidad del mundo, que pudiera acercarse a la edificada por las ciencias experimentales nacidas en el siglo XVII,⁴ culminó en el fracaso como tantos otros. ¿Qué patología exhibe, pues, la filosofía? ¿Por qué, para qué, filosofar?

La condición paradójica de la filosofía, la de saberse condenada a la tensión entre un impulso al todo y un siempre quedarse rezagada, es precisamente la virtud del filosofar. El todo que busca ser aprehendido no cabe en las construcciones sistemáticas del filosofar: "De manera enigmática, la necesidad de la razón de obtener la unidad en el curso de la investigación se ve siempre frustrada y de manera sorprendente ha aprendido a acomodarse a una pluralidad de particularidades..."⁵ Jamás el programa de captar, cual que sea la vía, el absoluto, se aproximará lo suficiente a su clausura. Esta tensión y el pathos que la acompaña constituyen el estilo de pensamiento de la filosofía. Y toda filosofía que no sucumba al sistema, que no carezca de una lucidez desesperanzada, será movimiento, fuga. De aquí que, y esta comprobación nos coloca ante los límites del quehacer filosófico, filosofar es una labor de desengaño. Pero no de un desengaño que pueda o deba conducirnos a algún camino seguro. Se trata de un desengaño siempre y en todo lugar, renovado. Me permito recordar a Deleuze quien, a propósito de Spinoza, caracteriza al filósofo en su radical soledad. Quien hace filosofía, por cuanto empeña sus esfuerzos en una tarea crítica apasionada y sin miramientos, no puede pactar con la positividad de los poderes, con la sensación de seguridad intelectual o vital, que de ningún modo es cuestión de su oficio.⁶

No es casual que en nuestro días, signados por una crisis en los fundamentos mismos de la cultura, la filosofía se nos presente con los rasgos desconsoladores que nunca perdió, aunque sí fueron ocultados por una disposición optimista erigida sobre el ideal del progreso. La repercusión directa que esta crisis de fines de siglo tiene sobre la filosofía y nuestra propia visión de ésta, es que nos coloca en camino de rectificar los propósitos de la práctica y la teoría filosófica. No es la filosofía un lecho de Procusto en donde por la fuerza haya de ser introducido el mundo. La historia muestra, con ejemplos sobrados, los monstruos que ha parido la razón en sus sueños.

Pero, ¿nos abandona la filosofía? No hay razón para alarmarnos. La filosofía es inseparable compañera del hombre. Quienes nos dejan son los sistemas omniabarcantes -las construcciones racionales con pretensiones de universalidad lograda. De la filosofía nuestra época rescata lo mejor: su espíritu. Esa pasión del saber, por el saber que la anima. Si alguna vez a la filosofía pudo atribuírsele esa inclinación por la clausura, aparejada a la sensación de estar protegidos de las incertidumbres y

dudas, y esto a pesar suyo, al margen de su verdadera esencia; si alguna vez la filosofía se asimiló a las certezas, hoy todo parece estar tocando a su fin. No se trata de construir un foso entre la filosofía y la praxis humana, de negarle las posibilidades de iluminar el paso de los hombres. Mas bien, la comprensión de su naturaleza desesperanzadora, desilusionante, inclusive trágica, realiza un recencuentro con la praxis abierta, nunca acabada del hombre.

Ya Pascal, a quien quizás exageradamente, Goldmann llegó a identificar como epítome moderno del pensamiento dialéctico, había advertido la naturaleza ambigua del hombre. Su inconclusión. El hombre, situado a mitad de camino entre la bestia, que lo desconoce todo y el ángel, que posee la luz natural del conocimiento desde Dios mismo, está obligado a errar en un mundo confundente. Si con algo Pascal se aproxima a nuestra modernidad lo es con esa, su visión del hombre como ser que apuesta. Con la noción de apuesta, Pascal corona su proximidad con lo moderno, incluso -y sobre todo- con nosotros, ubicados por algunos en la post-modernidad: no haya camino real, seguro, para la historia humana. Se puede fracasar. Se debe fracasar. De allí, volver a intentar el salto. El hombre deviene así un ser que se autoproduce (praxis). El hombre está obligado a apostar, no puede evitarlo y ese proceso tortuoso de tomar un camino y no otro y de decidirse, sin la guía de un Dios en la historia, es al mismo tiempo el laboratorio de esa historia en la cual Dios no está. Solos, habremos de continuar. "El hombre supera infinitamente al hombre" escribía Pascal: La filosofía se sobrepone, cabalga a la filosofía en una comprobación de su grandeza y al propio tiempo de su miseria.⁷ Ni siquiera en el lenguaje, la palabra de la filosofía parece hoy remitir a un discurso razonado, lineal, académico. La tradición podría remontarse al mismo Pascal, al vivaz La Rochefoucauld, a Nietzsche: sólo un lenguaje fragmentario, aforístico, móvil, puede como ningún otro expresar la condición de apertura de lo humano y su historia. En nuestros días, el fragmento como forma de discurso compite con el discurso sistemático.

De todo lo anterior precipita, casi, una conclusión: las constelaciones de la filosofía actual, más que un signo de decadencia de la filosofía y su praxis, muestran la salud, la energía, la vitalidad del filosofar. La filosofía ha adquirido la consciencia de que su misión entre los hombres no es la de convertirse en aliada o sustituta de las religiones, ni de las promesas escatológicas en el orden social. El "minimalismo" de

la filosofía actual, rescatando al espíritu sobre la letra, la actitud sobre la contemplación, la crítica sobre el sistema, reconociéndose un elemento indispensable dentro, y a favor, de la pluralidad de modos de reconstrucción y transformación de lo real completa un ciclo más de su espiral histórica.

Abierta a la incerteza, pero en ningún modo perpleja, en movimiento, la filosofía actual, ya no presa de los monumentalismos que concluyen con Hegel y su escuela, se encamina por las vías de una modernidad que no alcanza a ver nítidamente sus contornos pero que, sin dudas, se abre paso entre un millón de futuros posibles.

LITERATURA CITADA

1. Boecio, **La consolación de la filosofía**. Aguilar, 1973, p. 26.
2. Habermas, J. **Sobre Nietzsche y otros ensayos**. Tecnos, 1982, pp. 62-68.
3. Gadamer, H-G. **La Razón en la época de la Ciencia**. Alfa, 1981, p. 73.
4. Husserl, E. **La filosofía como ciencia estricta**. nova, 1962, pp. 7-73.
5. Gadamer, H.G. *ob. cit.*, p. 21.
6. Deleuze, G., **Spinoza: filosofía práctica**. Tusquets, 1981, pp. 9-23.
7. Goldmann, L. **El hombre y lo absoluto**. Península, 1968.